



A mi madre le duele el pecho. Un pecho. La he visto palpárselo en varias ocasiones. Lo hace sin pensar, de forma distraída. Se lleva la mano derecha a la mama izquierda y presiona, como buscando un tumor. Mi tía Ale, su hermana mayor, falleció de cáncer de mama hace cuatro años. Desde entonces, ella está pendiente. Cuando yo sea mayor tendré esos antecedentes, aunque no me imagino buscándome un tumor, más bien huyendo de él.

Mamá no tiene nada. Nada grave, quiero decir. Sus mamas son densas y fibrosas. En el hospital, su colega radiólogo la informó de una ecografía y una mamografía normal: «Hasta el año que viene, Sandra». Eso me ha contado.

Mi madre le cae bien a todo el mundo: a nuestros amigos, a nuestros vecinos, a sus compañeros de trabajo. Es simpática, magnética. Tiene una sonrisa que hace que los demás sonrían, un aura que provoca que los desconocidos la miren con agrado. No sé cómo lo consigue. Se-

gún ella lo aprendió de un político catalán, un tal Jordi Pujol, un hombre bajito, gordo, feo e inteligente que acabó defraudándola. A ella, a los catalanes y al resto de los amantes de la política a los que se les cayó uno de los pocos «antiguos hombres de Estado» que quedaban. Entonces nombra a los González, Arzalluz, Guerra y se sale del país para acordarse de Mitterrand o de Mijaíl Gorbachov. «Podías estar de acuerdo o no con su ideología, pero eran políticos de altura, no lo que hay ahora», zanja.

Además de origen y apellido —Pujol—, mi madre comparte con el político una conocida cualidad de los catalanes: se acuerda de los detalles personales, íntimos, de aquellos con los que ha estrechado la mano en algún momento. Pero mamá ni es fea ni está gorda. Es alta y esbelta, y ha dejado de interesarle la política. No siempre fue así; cuando era joven estaba metida en todas las movidas habidas y por haber, pero ahora tiene su propia teoría, que leyó en algún manual de *ikigai*: que cada cual riegue sus campos y alimente a sus fieras..., o algo así.

Bueno, pues como el Sr. Pujol, ella se metió en el bolsillo a los amigos de mi hermano; también a los míos. Sabe qué deporte practica cada uno y les pregunta cómo les fue en tal partido o en su última competición. Conoce qué asignaturas son sus preferidas y cuáles detestan. Sabe cuántos hermanos tienen y, si vienen a comer a casa, procura preparar sus comidas preferidas. Ella los escucha atentamente, pero de verdad. Se interesa por la

música que les gusta, por sus planes de futuro. A mí también me escucha. Por las noches, después de ducharse, viene a mi habitación a cepillarse el pelo, largo y húmedo. Se sienta en mi cama con las piernas en mariposa y me cuenta su día: cuántos niños ha traído al mundo, cuánto han pesado y qué nombre les han puesto. No sé cuál es su estrategia, ni siquiera me pregunta de manera directa, pero logra que yo le acabe contando el mío. Es una gran cuidadora: cuida de papá, de mi hermano, del perro, se preocupa por los abuelos, por sus amigas y por el medio ambiente: lo recicla todo. Nuestra cocina está llena de cubos y tarros donde separamos debidamente el papel, los plásticos, las pilas, los restos orgánicos... Parecemos finlandeses.

A mamá le chifla la Nocilla. Pero le chifla de verdad, la Nocilla, no la Nutella. Se la come a cucharadas o sobre una rebanada de pan de molde, ¡y no engorda! Es capaz de definirse ella misma por sus preferencias de consumo:

Coca-Cola o Pepsi = Coca-Cola.

ColaCao o Nesquik = Nesquik.

Bimbo o Panrico = Bimbo.

McDonald's o Burger King = McDonald's, que fue el primero que abrió en Plaça Catalunya.

Adidas o Nike = Reebok.

Mercedes o Audi = Cualquier motor que me lleve y me traiga.

Y así con todo. Dice que la vida siempre se reduce a dos

opciones y que, cuando te decides, lo que hayas escogido es lo mejor: «Vas al cine o al teatro, estudias letras o ciencias, sales con Juanito o con Pepito, haces deporte o vas al conservatorio... Así es la vida, una elección». A veces, me desespera. Se lo digo: «Me engañas. No puede ser todo tan fácil. No lo es».

A mamá no se le dan bien las tareas domésticas: detesta ir al supermercado y cocinar le aburre hasta la saciedad, aunque tiene temporadas en las que lo intenta. Ahora está en una de ellas, replicando un libro de recetas de un cocinero inglés que utiliza solo cinco ingredientes para elaborar platos sorprendentes. No lleva mal la plancha, hasta la relaja, dice, pero odia doblar la ropa interior y siempre pierde los calcetines de todos. Es un misterio. Cuando, después de un tiempo prudencial, no aparecen las parejas, va a Primark y compra un montón de calcetines nuevos, que duran hasta que vuelven a desaparecer y así empieza el ciclo de nuevo.

Nunca necesita nada, quiero decir que no es nada consumista, puede pasar dos o hasta tres años con las mismas botas; si se le desgastan las tapas, las lleva al zapatero para que las arregle y listo. Solo compra ropa y calzado cuando lo necesita. Es fan de los Levi's, que duran mucho y sirven igual para el verano que para el invierno. Ella disfruta mucho más haciendo regalos a los demás, es muy detallista. No se olvida de ningún cumpleaños y regala flores de Pascua a sus vecinas en Navidad.

Cuando está en casa es distraída, se prepara unas cinco tazas de té al día, que va dejando olvidadas indistintamente sobre la mesa del salón, mi escritorio, su mesilla de noche o la repisa del baño; algunas veces la taza con el agua caliente ni siquiera tiene la oportunidad de salir del microondas.

Tiene una voz muy bonita. Si llama al dentista, la recepcionista la identifica enseguida, y le sucede lo mismo si llama a la peluquería o a la secretaría del colegio: «La mamá de Gabi, ¿verdad?». Gabi soy yo. Te dice las cosas con calma, sin elevar el tono. Pero si se enfada estás perdida: es capaz de una hibernación sonora de cuarenta y ocho horas (es su récord). Solo se enfada si te pillas en una mentira. Odia las mentiras tanto como doblar los calcetines. Un poco más, porque es muy honesta.

Ella sí que ve los documentales que dan por la tele—los de viajes le encantan— y tiene terminantemente prohibido que veamos Telecinco, así que ni mi hermano ni yo deberíamos estar al tanto de las movidas de *Supervivientes* o *Gran Hermano*.

Mi madre estudió Enfermería en Barcelona; allí se crio, en su cinturón industrial, escuchando a las mujeres que iban a lavarse la cabeza y a peinarse en la peluquería de mi tía. Es matrona. Otro de sus superpoderes, porque ayudar a traer una vida a este mundo solo puede ser un superpoder.

Le gusta bailar, lo hace muy bien. Ella y mi padre acu-

den a clase de bailes de salón todos los jueves por la noche, a no ser que le coincida una guardia en el hospital. Se adoran. Mis padres se adoran. Así que mi referente del amor está muy alto.

Papá es el absoluto responsable de que yo sea una friki de los libros. Todavía me lee. En serio que lo hace. Me lee en voz alta. Su voz es grave, potente; incluso cuando habla bajito, su tono es alto. Locuta anuncios para la radio, publicita las ofertas del Gadis, acaba de grabar una promoción para el Dépor y se está preparando para ser doblador de pelis. Es él quien va al supermercado y cocina en casa habitualmente. Su plato estrella es la tortilla de patatas estilo Betanzos. Nació allí. Papá es muy resolutivo. Si algo se rompe, enseguida lo arregla. Cambia bombillas, cuelga cuadros, repinta las paredes de la casa, arregla la cortacésped, cambia el aceite al coche, lava y cepilla a Polar, ayuda a Brais con sus deberes de mates, me lleva a mi cita con el dentista o a mis clases de *baller*. Sabe muy bien cuándo tiene que dejarnos en paz, no se inmiscuye en nuestras peleas de hermanos. Estudió Económicas por no defraudar a mi abuelo; es administrativo en una sucursal bancaria. Podía haber escalado en el banco, pero no quiso, no quiere. Así, por las tardes, puede dedicarse a los doblajes y a su verdadera pasión: el teatro. Pertenece a un club de lectura al que acude una vez al mes. Los deportes no se le dan bien. Conoce a mucha gente, pero tiene un solo amigo, lo digo así porque él

así lo asegura: nuestro vecino Luis, el padre de Irene, con el que pasa largos ratos hablando de política en ausencia de mamá, que está «harta», y ha prohibido el telediario en casa, cansada del Coletas, del Guapo, de los Gemeliers (así llama ella a Pablo Casado y a Rivera, de quienes dice que «se parecen mucho»), y hasta el gorro de los indpes, de los de Vox «y de toda esa pandilla de inútiles».

Mi padre es guapo, era muy atractivo de joven. Mi hermano se parece a él. Accedió a lo de los bailes de salón los jueves porque ha cogido peso, bastante peso. Le encanta comer. Por las mañanas se unta media tarrina de queso en las tostadas. Mamá se desespera: «Eugenio, que tienes el colesterol por las nubes», pero él le da un pellizco cariñoso en el muslo y le contesta que algo hay que tener a partir de los cincuenta. Tiene barriga, pero también tiene pelo, una buena mata rizada y oscura de la que presume como un chaval. Va siempre bien vestido; con traje y corbata de lunes a viernes para la oficina, con un estilo más deportivo e informal el fin de semana. Él nos lleva todas las mañanas al instituto; le queda de paso en su camino al trabajo. Entonces nos cuenta divertido lo que ha pasado en la isla de los famosos, que ve a escondidas de mamá cuando ella se va a dormir. Nos dice: «Chicos, vuestra madre tiene toda la razón, es una absoluta porquería, pero hay veces en la vida que hay que dejar que el cerebro frivolice». A papá sí le interesa la política, así que nuestros viajes en coche al insti también pueden

ser instructivos, convertirse en un debate. Mi hermano cumplirá dieciocho este año, pero todavía no sabe qué quiere estudiar, así que mucho menos a quién va a votar.

Brais es un calco a papá cuando tenía su edad: listo y deportista. Arrastra un club de *fans*. Coruñés, como yo. Hace surf, juega a *hockey*, se machaca en el gimnasio. Tiene 2834 seguidores en Instagram, y subiendo. Es el *crush* de medio instituto. Se le da bien todo, a excepción de las mates, aunque papá se encarga de que al menos las apruebe. Odio que lo deje todo tirado cuando entra en casa. Sus zapatillas de *hockey* apestan y ese bolsón con la toalla húmeda dentro siempre está en medio del pasillo, es decir, enfrente de mi habitación. Es un guasón, le encantan los chistes malos y se ríe de todo. Tiene un montón de colegas. También a Irene. Mi madre y yo tenemos una teoría. El tiempo la demostrará.

Yo cumplí quince años a principios de agosto. Soy una leona. Pero de fiera no tengo nada. Mi historia empieza ahí. El verano de los quince. Brais me regaló una libreta gruesa de tapas duras color verde aceituna con una goma dorada para cerrarla. Me dijo: «A partir de ahora te pasará de todo, lo mejor y lo peor. Me lo puedes contar o escribirlo aquí, como un diario». Si las chicas supieran que, además de guapo, es sensible, estarían aporreando la puerta de casa. Como agradecimiento le di una colleja,



él me quitó el coletero; es nuestra manera de demostrar-nos que nos queremos.

Tengo el alma novelesca, también el nombre, pero mi vida es sencilla, buena, tranquila. O lo era. Mi familia me quiere muchísimo; yo a ellos, infinitamente. Esto que digo no es ninguna tontería, conozco gente que no se siente así. Me llamo Gabriela. Gabi. Me pusieron ese nombre en la primera ecografía en la que mi sexo se dejó ver. Me sé esa historia. Papá tenía la mano de mamá entre las suyas, decían que, si venía un niño, mejor para Brais, que tendría un compañero de juegos, pero los dos me deseaban con fuerza, querían una niña. Papá acababa de leer *Claudine*, una novela francesa de Sidonie-Gabrielle Colette, que causó un gran revuelo en su época. Los nombres nos marcan a fuego. Quiero creer que es por ella por quien escribo. Un diario, de momento, pero escribiré algún día. Es lo que quiero ser: escritora. Mi madre dice que me moriré de hambre; mi padre, que llevaré una vida solitaria, que en efecto tendré que combinarlo con alguna otra profesión —«¿Periodista? ¿Profesora?»—, pero que, si eso es lo que me hace feliz, será mucho mejor que cualquier otro trabajo en el que «estás atado todo el año a una silla deseando que lleguen tus quince días de vacaciones». Él es quien me pasa algunos de los libros que leo. ¿Veis lo que os digo?, mi vida es un privilegio, mi familia es muy *top*. Otra cosa es cómo me siento yo. Ni siquiera sé por qué me siento así. O sí.

Siempre he vivido en Mera. He leído *Claudine*, por supuesto, qué menos. Los escritores empezamos tratando de imitar a quienes admiramos, igual que los ilustradores se inician copiando los dibujos de otros. Al final, son oficios. Soy una aprendiz, debo aprender de los maestros:

Me llamo Claudine y vivo en Montigny, donde nací en 1884 y donde probablemente no moriré.

Me llamo Gabriela y vivo en Mera. Soy del 2004, nací en A Coruña, seguramente dentro de unos años me vaya de aquí. Pero siempre volveré. La Wikipedia dice que Mera es una villa costera del norte del *concello* de Oleiros, que se extiende por los límites entre las parroquias de Serantes y Maianca. Su situación en la ría de A Coruña la convierte en un destino muy frecuentado en verano. Como a Claudine con Montigny en el *Manual de geografía regional*, a mí tampoco me dicen nada estas palabras. Mera es un desierto azul en invierno, un destino deseado en los meses de estío. Todavía tengo mucho que leer para aprender a describirla como merece.